

LA ESTRATEGIA DE LA DECONSTRUCCIÓN. IN MEMORIAM DE JACQUES DERRIDA

Justino López Santamaría

Resumen: Con la muerte de Jacques Derrida el 10 de octubre del 2004 la filosofía francesa ha perdido a uno de sus más ilustres representantes. Derrida ha estado bien presente en el pensamiento español. Pertenece a nuestra generación y responde a la problemática filosófica que se inició con Nietzsche, la de superar la metafísica ontoteológica. No hay texto verdadero, no hay naturaleza original en sí, no hay realidad óptica, sino tan solo sentido y no-sentido, interpretaciones, perspectivas. A través de la deconstrucción desmonta el logocentrismo, disloca el sentido de ser y de la unidad de la palabra, la esencia formal del signo.

Con la muerte de Jacques Derrida el día 10 de octubre del 2004, la filosofía francesa ha perdido a uno de sus más ilustres representantes. J. Derrida fue uno de los últimos supervivientes de la generación de Barthes, Althusser, Lacan, Foucault, Deleuze; quizá el más traducido y leído. Su estrecha relación con el grupo *Tel Quel* le ha llevado a ser afiliado con el estructuralismo. Lo cual puede ser cierto, pero también hay que decir que J. Derrida ha combinado parte de los temas del estructuralismo con inspiraciones procedentes de la fenomenología de Husserl y Heidegger, con un enfoque más allá del estructuralismo. Otros le han encorsetado junto a pensadores de corte postmodernista: Lyotard, Deleuze, Baudrillard... Si lo que se ha llamado postmodernidad trata, entre otras cosas, de pensar sin un punto de partida ni un punto final absolutos si todo es texto, si todo es sujeto, y trata de conseguir que el juego sustituya al sentido, entonces sí, a Jacques Derrida se le podría encuadrar quizá en la misma línea de aquéllos.

“Pertenece a esa clase de autores, como dice Luis E. de Santiago Guervós, llamados «intempestivos», que han tratado de abrir nuevos caminos al pensamiento mediante una tarea filosófica que no se sabe ciertamente hacia dónde nos lleva, pero que podemos definir como una *estrategia deconstrutora*... El pensamiento de Derrida se caracteriza por ser una *estrategia* —en

cierto modo parecida a la del psicoanálisis— que se propone desenmascarar mediante un procedimiento de *des-sedimentación* el constructo de la metafísica occidental¹.

Derrida ha estado bien presente desde principios de los años 80 hasta nuestros días en el pensamiento español, —no en vano existe una cuarentena de sus obras traducidas al castellano—, aun siendo como es un autor de difícil lectura para la mayoría de los lectores². Donde primero se dio a conocer, incluso antes que en su propio territorio, Francia, fue en los Estados Unidos. La acogida ferviente a la “deconstrucción”, de manera especial por los estudios relativos a la literatura, catapultó a Derrida a cotas insospechadas en el panorama del pensamiento occidental. Aunque también hay que decirlo, tuvo sus detractores, especialmente aquéllos que proclaman la existencia de una verdad objetiva que se corresponde con una realidad objetiva, exterior y aprensible por el individuo.

Derrida, de origen sefardita³, pertenece a nuestra generación y responde, como es evidente, a la misma problemática filosófica que se inició con Nietzsche.

¹ Luis E. DE SANTIAGO GUERVÓS, “J. Derrida: Hacia una transformación de la conceptualidad filosófica”, en *Estudios Filosóficos* 42 (1993) 101-122.

² En el año 1983 Luis Ferrero Carracedo y Cristina de Peretti se hacen eco en la *Revista de Filosofía*, vol. 6, pp. 148-160 de la “Recepción en España del pensamiento de Jacques Derrida”; y en el año 1997 de la misma revista, vol. 10, n.º 18, pp. 57-82, M.ª Carmen López Sáenz escribe el trabajo *Filosofía hermenéutica y deconstrucción*. *Anthropos* en 1989 dedicó el n.º 93 a Jacques Derrida con el título “Jacques Derrida. Una teoría de la escritura, la estrategia de la deconstrucción. Presencia del pensamiento de J. Derrida en España”. En *Anales del Seminario de Filosofía*, 1977, n.º 12, pp. 115-132, Cristina de Peretti publica con el título “«Ereignis» y «Différance»”. Derrida, intérprete de Heidegger”; y en la misma revista del año 1990, vol. 24, pp. 173-178, Jorge Pérez de Tudela escribe el artículo “A propósito de Derrida”. *Estudios Filosóficos*, en 1993, vol. 42, pp. 101-122 publica el trabajo de Luis Enrique de Santiago Guervós, titulado “J. Derrida: hacia una transformación de la conceptualidad filosófica”. En *Daymon*, 1996, n.º 12, pp. 131-135, J. Alberto Sucasas Peón publica el trabajo titulado “Otra vuelta de tuerca. A propósito de «Espectros de Marx»”. En *Paideia* del año 1996, vol. 17, n.º 36, pp. 357-366, aparece el trabajo de José Fernando Rampérez Alcolea, titulado “La deconstrucción derridiana como estrategia didáctica”. La revista *Pensamiento* de 1998, vol. 54, pp. 265-272, publica el trabajo con el título “Pensamiento de la deconstrucción en el ámbito humano”, firmado por Silvana Filippi; y el año 1999, vol. 55, pp. 483-490, la misma revista vuelve sobre J. Derrida en un trabajo titulado “La hermenéutica de Gadamer y la deconstrucción de Derrida”, firmado por Joan Pegueroles. En 1999 la Revista *Daymon* dedicó todo el n.º 19, julio-diciembre a J. Derrida, incluídas las reseñas de algunas de sus obras. En *Contrastes* de 1999, Suplemento 4, pp. 229-248, Luis Enrique de Santiago Guervós firma el trabajo “Hermenéutica y Deconstrucción: divergencias y coincidencias ¿Un problema de lenguaje?” En marzo del año 1999 la revista *Volubilis* n.º 7, pp. 10-34, traduce un trabajo que publica con el título “Deconstrucciones” de Michel Lisse. En *Dilema* del año 2000, vol. 4, pp. 21-56 Francisco Martorell Campo publica “Elogio de la lectura: Filosofía y Política en la divulgación rortiana de Derrida”. En *Claves de Razón Práctica*, 2004, n.º 148, pp. 50-54, Manuel Cruz escribe el trabajo “Derrida. Cuando el círculo se cierra”. Revistas latino-americanas en castellano como *Franciscanum* 1979, vol 21; *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 2002, n.º 102; *Analogía*, año 2000, vol. 14, *Babelia* y *ABC* literario se han hecho eco de reseñas sobre las obras de J. Derrida.

³ J. Derrida nació en El-Bihar (Argelia) en el año 1930. Hacia 1950 inicia sus estudios superiores en la École Normale Supérieure, de París. En 1956 fue becario durante un año en la Universidad de Harvard (Massachusetts). Desde 1960 fue profesor de la Sorbona durante cuatro

che, esto es, la de superar la metafísica ontoteológica o, en otras palabras, salir de la tradición idealista y tratar de pensar más allá de las categorías filosóficas. Practicó una interpretación, diría, muy activa ante los discursos más audaces de nuestra época: Nietzsche, Freud, Husserl, Foucault, Heidegger, Lévinas, Lévi Strauss, y en relación con autores literarios como Artaud, Valéry, Bataille, Blanchot, Jabès y Kafka⁴. Todo ello le condujo a la eliminación de las fronteras entre la filosofía y literatura. Como dice W. Welsch en *El nacimiento de la filosofía postmoderna desde el espíritu del arte*, su escritura cercana al arte y la reflexión filosófica se penetran, se entrelazan mutuamente en sus escritos. El pensamiento de Derrida muestra, en sus categorías más elementales, una sorprendente afinidad con el ya repetidas veces mencionado arte de lo informal. Huella, señal, rastro, sustitución, desbrozamiento, el aplazamiento del sentido y un concepto generalizado de escritura –todos ellos términos clave en la obra de Derrida– señalan asociaciones de su pensamiento con las particularidades de lo informal. Si ya Nietzsche proclamó que el valor del mundo se encuentra en nuestra interpretación, que el lenguaje está edificado sobre los prejuicios más ingenuos, y que la metafísica no es otra cosa que la pretensión de ser, Derrida señaló la experiencia de llevar la interpretación a su punto más lejano: no hay texto primitivo y verdadero, no hay naturaleza original en sí, realidad con consistencia óptica, sino tan solo sentido y no-sentido, interpretaciones, perspectivas, símbolos y lenguaje. No hay esencias objetivas, solo invenciones culturales, textos, puro lenguaje que no remite al mundo real, sino al tan sólo en sí mismo. Piénsese si no en los primeros textos donde la grafía y textualidades se entrecruzan o, en los más recientes, en los que se incluyen una página o algún otro elemento, todo ello con la intención de cuestionar no sólo al autor del mismo sino también al mismo sujeto lector, como sujeto unitario que desea apropiarse del sentido del texto.

años. En 1965 ejerció de profesor de Historia de la Filosofía en la École Supérieure. En este período tiene una estrecha colaboración con el grupo Tel Quel y su revista. En el 1967 comienza su período de publicaciones: *La Voix et le Phénomène*, *De la Grammatologie*, *de L'Écriture et la Différence*. Desde 1972 divide su tiempo entre la enseñanza en París y en diferentes universidades americanas, especialmente la Johns Hopkins y la de Yale. Publica *Positions*, *Marges de la Philosophie*, *La dissémination*. En 1975 toma parte en las luchas contra la reforma Haby de la enseñanza dentro de los estados generales de la Filosofía (Grep). En 1980 es detenido en Praga por su participación en un seminario clandestino de intelectuales. Milita contra el apartheid. Queda sensibilizado ante la situación de Oriente Próximo. En 1989 aparece traducida en castellano *Memorias para Paul de Man* (Barcelona, Gedisa). En 1990, con J. Bouveresse, litiga y pleitea de nuevo por una reforma de la filosofía. La filosofía no puede servir ni rendir cuentas a un poder establecido. Estas convicciones le conducirán a numerosos compromisos. A partir de 1993 aparecen obras suyas traducidas al castellano como *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía* (Paidós), *Dar (el) tiempo* (Paidós), *El lenguaje y las instituciones filosóficas* (Paidós), *Espectros de Marx* (Trotta), *Cosmopolitas de todos los países: ¡Un esfuerzo más!* (Cuatroediciones), *Fuerza de ley* (Tecnos), *Aporías* (Paidós), *Mal de archivo: una impresión freudiana* (Trotta), *Políticas de amistad, seguido de El oído de Heidegger* (Trotta), *Adiós a Emmanuel Lévinas. Palabra de acogida* (Trotta), *Dar la muerte* (Paidós), *La Universidad sin condición* (Trotta).

⁴ De ellos surgirá la preocupación de advertir que la razón por sí misma no fundamenta lo que algunos de esos autores han pretendido

De ahí la necesidad de la deconstrucción⁵. Palabra, que pese a la sorpresa del mismo Derrida⁶, se abrió en poco tiempo un gran campo en el análisis de los textos, de manera que alcanzó una notable notoriedad tanto en Europa como en América, si cabe mayor aquí que allí, en la discusión literaria, en la estética, en la arquitectura, en las ciencias humanas, en el psicoanálisis, en las ciencias del lenguaje, en la reflexión política, incluso en la teología. La deconstrucción opera como un “*deus ex machina*”, esto es, los discursos institucionales, como pueden ser los grandes significantes e instancias, sean estos, el “logocentrismo” y el “fonocentrismo” de la palabra y de la voz, se desmantelan como si se tratara de piezas de relojería, para dar con el esqueleto de la farsa. Se ha considerado la deconstrucción, en el plano arquitectónico, como el derribo de una mastodóntica torre, la cual, poco a poco, según se va “deconstruyendo”, nos va revelando su estructura interna al descomponer sus elementos y reducirlos a escombros.

Desde los griegos se ha idealizado la presencia del significado en la mente del hablante, de manera que ha sido tradicionalmente el soporte de una serie de oposiciones valorativas, entre ellas, la más evidente, habla/escritura. El objetivo de la deconstrucción será el de desmontarla o desmitificarla. La deconstrucción desmonta el “logofonocentrismo” transgrediendo las leyes, indagando las claves de su pretendida ejecutividad y, en definitiva, volviendo al texto sin prejuicios, saltando las pautas que a veces impone el mismo texto. A la deconstrucción le sigue una construcción que deberá ser deconstruida, y así sucesivamente. La deconstrucción apunta claramente a la inexistencia de un significado trascendental, o de una referencia objetiva que pueda ser señalada con el dedo. Disloca el sentido del ser y de la unidad de la palabra, la esencia formal del signo concebido como una identidad absoluta e inmediata de significante y significado. La verdad es siempre situada, institucional y social, es histórica y no ontológica, es una construcción. Verdad y ser son sólo efectos históricos que se dan sin un porqué. Por eso Derrida viene a afirmar que existe una pluralidad de interpretaciones, o de sentidos, y que no se puede decidir la superioridad de una sobre las otras por su ligadura con la objetividad del mundo.

En una ocasión Christian Descamps le preguntó: Usted practica la deconstrucción y no la destrucción. La respuesta de Derrida es afirmativa y metafórica: deconstruir es un gesto estructuralista y antiestructuralista: se desmonta un edificio, un artefacto, para que aparezcan las estructuras, los nervios o el

⁵ Derrida interpreta la *Destruction* del último Heidegger como deconstrucción.

⁶ “Fue en estos años (1968, se refiere) cuando comprendí mejor hasta qué punto la necesidad de la deconstrucción (por decirlo rápidamente me sirvo de esta palabra que no he amado jamás y cuya fortuna me ha sorprendido desagradablemente) no concernía en primer lugar a contenidos filosóficos, temas o tesis, filosofemas, poemas, teologemas, ideologemas sino, sobre todo e inseparablemente a marcos insignificantes, a estructuras institucionales, a normas pedagógicas o retóricas, a las posibilidades del derecho, de la autoridad, de la evaluación, de la representación en su mercado mismo”. “Autopercepción intelectual de un proceso histórico”, en *Anthropos*, 1989, n.º93.

esqueleto; pero también de forma simultánea, las precarias ruinas de una estructura formal que nada explica, no siendo ni un centro, ni un principio, ni una fuerza, ni siquiera de los acontecimientos en su más amplio sentido. La deconstrucción, como tal, no se reduce ni a un método ni a un análisis; va más allá de la decisión crítica, de la idea de crítica. Si fuera un método presupondría un sistema, porque todo método pertenece a un logocentrismo, a una metafísica, que es lo que se quiere revisar⁷. De ahí que a veces se haya interpretado mal el reconstruir, de manera que se confunda con un “todo vale”, del que hacen gala muchos posmodernos.

Pero también hay que decirlo, la deconstrucción nos desvela una estrategia con o sin finalidad⁸, como se quiera: primero, el mostrar la debilidad que habita en el interior de cada texto, debilidad que es propia y forma parte de la naturaleza misma de las cosas y, por ende, de cada texto; segundo, el de elaborar una metafísica crítica que nos permita entender mejor los sinsentidos de la que hasta ahora hemos heredado. Como dice Cristina de Peretti, la deconstrucción es una incitación constante e irresistible a pensar la filosofía de otro modo⁹.

Con la estrategia de la deconstrucción se está reconociendo, como es lógico, que el significado de un texto no está en función de unos sentidos pre-establecidos para los términos acoplados por unas reglas sintácticas por medio de los cuales se construyen unos enunciados o argumentos.

En *La voz y el fenómeno*¹⁰ trató el tema de la voz y la escritura fonética en relación a la fenomenología de Husserl¹¹. Su objetivo fue atacar el sentido del ser como presencia y acentuar la discontinuidad o la diferencia (*différance*). Como dice M^a Carmen López Saenz¹², “Derrida rechaza la razón filosófica y el *logos*; el puesto de éste es ocupado por la retórica, la cual sustituye incluso a la intencionalidad veritativa de la filosofía hermenéutica. A cambio, hipostasía la *différance* como si fuera el ser, pero en el fondo, está hablando de un juego de diferencias semiológicas, no ontológicas”.

En efecto, con la palabra “*différance*”, que incorpora al lenguaje filosófico, pretende clausurar el logofonocentrismo. Derrida juega con el término *différance* y lo sustituye por *différance*. Así, la diferencia siempre difiere y no es

⁷ Ibid.

⁸ Ibid.

⁹ *ABC Literario*, 11 de noviembre de 1989.

¹⁰ Valencia, Pre-textos, 1985.

¹¹ “Lo que me sedujo en el que casi fue el último texto de Husserl es lo que dice de la escritura, de forma a la vez nueva y confusa un poco enigmática: la notación gráfica no es un momento auxiliar en la formalización científica... Luego seguí interpretando en ese sentido otros textos de Husserl, casi siempre privilegiando los temas del signo, del lenguaje, de la escritura de la relación con el otro, como en *La voz y el fenómeno*. Después me he alejado, si cabe decirlo así, de la fenomenología, sin duda injustamente y no sin remordimientos”. En *Anthropos*, cit.

¹² “Filosofía hermenéutica y reconstrucción”, en *Revista de Filosofía*, X, n° 18 (1997) 69.

posible concebirla ni como presencia y unidad ni como una forma visible que es la discontinuidad misma. El ser, el mundo, los valores, el todo, no tienen un sentido único, fijo sino que es disuelto por el infinito de la interpretación. “*Différance* designa la causalidad constituyente, productiva, originaria, el proceso de ruptura y de división cuyos diferentes o diferencias serían productos o efectos constituidos”¹³. “La *différance* es lo que hace, vuelve a decir, que el movimiento de la significación no sea posible más que si cada elemento llamado «presente», que aparece en la escena de la presencia, se relaciona con otra cosa, guardando en sí la marca del elemento pasado y dejándose ya hundir por la marca de su relación con el elemento futuro”¹⁴.

Si Derrida escribió el adiós a Emmanuel Lévinas: “Desde hace tiempo, mucho tiempo, temía tener que decir *Adiós* a Emanuel Lévinas”, en este pequeño homenaje escribimos el adiós a Jacques Derrida.

¹³ *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 44.

¹⁴ *Ibid.*, p. 48.